

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UN CRIMEN

Se ha cometido estos días en mi pueblo natal, la Coruña, un crimen que es, en su género, una obra maestra. Si mis lectores viven en provincia, habrán notado lo difícil que es ejecutar el menor movimiento, realizar el acto más insignificante y de menor trascendencia, sin que dos docenas de ojos lo sorprendan y otras dos docenas de lenguas lo comenten, interpreten y desmenucen. Pues bien: sin que ojos ni oídos pudiesen rastrearlo, en calle céntrica, fueron asesinadas dos personas; y desde hace ocho ó diez días, el juez se vuelve loco para encontrar sobre quien recaigan, con apariencias de fundamento, las sospechas de haber sido autor ó cómplice en este, por ahora, misterioso doble crimen.

No se cuentan las víctimas en el número de aquellas que viven aisladas y apartadas de todo trato, siendo difícil conocer sus costumbres y saber quien las visita. Los asesinados, marido y mujer, eran dueños de una tienda á la cual concurría numeroso público. A espaldas de la ley, esta tienda era figón: se servían en ella comidas y cenas á deshora. Pasaban por gente honrada y buena, y la mujer hasta gozaba de cierta popularidad; hacía limosnas, fiaba, era generosa, tenía un corazón de oro, de oro blando. Considerando, á la luz que arroja este crimen (los crímenes son gran base de estudio social), la composición de ciertas capas de nuestro pueblo, que no son todavía clase media, pero que tendrían en su mano poder serlo, á nada que se ilustrasen, y comparándolas á las capas afines de otros países más adelantados, vemos de relieve la inferioridad ingénita nuestra: la falta radical, absoluta, de nociones de cultura y de instrucción. Malo es que se cometan crímenes; pero por fin el crimen es caso anormal, que se denuncia á sí mismo por el escándalo ó la indignación que produce, mientras esa sucia y mansa gangrena de la incultura profunda, admitida como un hecho contra el cual no se reacciona, nos corroe á diario y á todo momento.

Cuando se cometió el famoso crimen de la calle de Fuencarral, recuerdo que me horripilaron, más que los indicios de matricidio y los detalles cruentos y feroces, las en apariencia sencillas y vulgares y taboadescas revelaciones del modo de vivir y del *entourage* de una señora que poseía cuatro ó cinco ó seis mil duros de renta. Nos hacen reír ciertos episodios referidos, con el chiste y paturalidad que le distinguen, por Luis Taboada; y no comprendemos lo trágico del fondo de esas descripciones y pinturas, copiadas (todos convienen en ello) de la vida real. A mí, después de haber reído, me queda un fondo de tristeza, pensando precisamente que esa empujencia y semibestial existencia es la de la masa, la del conjunto anónimo, al cabo y al fin ¡creador de los destinos nacionales!

La pareja asesinada, á fuerza de vender, fiar, prestar y trabajar, había reunido un bonito peculio. Poseía pagarés á su favor por sumas bastante fuertes, y en diversos escondrijos de la tienda se han encontrado crecidas cantidades, aparte de lo que hayan podido llevarse los asesinos, si algo se llevaron, que no se sabe todavía. La voz general supone á los esposos una fortuita redonda de más de veinte mil duros; lo suficiente para gozar de una tranquila vejez.

Pero los dos infelices eran incapaces de aspirar á ella, por falta de conocimiento, por carencia, no ya de altos ideales, pero ni del más humilde ideal de

un bienestar que no les importaba, cuya necesidad no sentían. No se puede decir que fuesen avaros, puesto que, á su manera, trataban de hacer algún bien; y sin embargo, murieron de la muerte violenta destinada á los avaros, porque su incultura no les permitió comprender el peligro de esos escondrijos de dinero á domicilio, que exaltan la imaginación de los malhechores y les hacen fantasear tesoros. Quizás les infundía terror el Banco, y eran de los muchos que suponen vagamente que el dinero, confiado á los establecimientos de crédito, se evapora. No se puede decir que no fuesen trabajadores ni económicos — dos grandes virtudes sociales, sin duda, — pero lo eran de un modo animal, sin finalidad, sin discernimiento. El francés trabaja y ahorra, y es indecible lo que representan de voluntariosa constancia esas economías de tenderitos, sirvientes, porteros, labradores, lo que allí llaman *la media de lana de Jacques Bonhomme*. Pero á medida que Jacques Bonhomme va hinchando su media, se afina su instinto, se despierta su inteligencia y se desarrollan sus facultades en beneficio de la cultura general. Limpian y frotan, leen y discurren; viven, en suma, con alguna espiritualidad; sueñan una casita de campo para los últimos días, sueño entre poético y prosaico, en que hay rosales y coliflores..., sueño, en substancia, poco distinto del sueño aristocrático de los grandes señores y los monarcas que buscan libertad y soledad en románticos castillos y palacios rodeados de lagos y selvas. Y así, de esa muchedumbre ahorradora y consagrada á incesante labor, va formándose una nación, no sólo rica, sino ilustrada y venturosa.

Porque, en efecto, si el trabajar y el ahorrar no tuviesen otro objeto del que tenían en los esposos asesinados de la Coruña, habría que preferir la mendicidad arrogante de los españoles del siglo XVII, que al cabo era estética. Vegetaban los cónyuges envueltos en una suciedad repulsiva, entre mugre y harapos, en una atmósfera mefítica, sin aire, sin luz, sin agua — las virtudes teologales de la civilización. — Su ignorancia (origen de su modo de vivir) era tal, que para llevar la contabilidad de ventas, préstamos y deudas, la mujer (más inteligente y activa que el marido, como suele observarse en las parejas donde falta completamente la instrucción), garrapeaba en un libro ciertas rayas y círculos, á manera de signos cabalísticos, que le servían de memorándum. No advirtiendo la necesidad de respirar ni de hacer ejercicio, y por supuesto, no sospechando siquiera la de ver algo distinto de las paredes de su casa, esta mujer no había puesto el pie fuera de ella ni los domingos desde hacía más de treinta años. No sabía cómo es un ferrocarril, ni la forma de la locomotora. El benéfico asueto, el día de recreo que con tal avidez se toman las clases laboriosas; la pueril, pero útil y sana curiosidad, madre del conocimiento, eran letra muerta para la tendera de la Coruña. He ahí por qué aseguro que el trabajo y el ahorro, en estas condiciones, no me son simpáticos. Más me gusta un *lazzarone*, tendido en un muelle inundado de sol, ante un mar azul, desnudo, comiéndose una raja de *cocomero*.

He dicho que el crimen era en su género obra maestra, y lo repito, aunque creo que en otro país, con otra policía, con vigilancia, no habrían de conseguir sus autores la impunidad, que llevan trazas de lograr aquí. Habitaban las víctimas un bajo, en calle céntrica y frecuentada, y su vivienda constaba de dos partes, alcoba y tienda, y una cocina, separadas por la escalera que conduce á los otros pisos. La tienda era de esas enciclopédicas, principalmente de comestibles, pero donde también se encuentran fósforos, libretas, lápices, artículos varios que no son del ramo de ultramarinos. Sus ribetes tenía de taberna y de casa de comidas, pero no oficialmente. En la cocina-trastienda, de muy asqueroso aspecto, se detenían á veces los parroquianos, despachando una cazuela de guisado y apurando un jarro de vino. Al sonar la hora reglamentaria, cerrábase la puerta; los clientes salían cuando les parecía, terminada la refacción. Así pudieron, ayudados de las víctimas, entrar y quedarse dentro los asesinos la noche de autos.

Pidieron de cenar, y la tendera, solícita, complaciente, preparó el guisado; los huesos del codillo de cerdo que lo componían, se encontraron bajo la mesa. A la luz de un candil y de un quinqué de petróleo, los futuros criminales, sentados, entretenían la espera remojando el gazzate. Por fin les sirvieron la cena, y la despacharon con excelente apetito. Como se hacía tarde, la mujer envió á su marido, viejo y

catarroso, á la cama, y se quedó atendiendo á los parroquianos. Aunque vieja también, era fuerte, incansable. El marido, acostumbrado á estos episodios de última hora, se durmió tranquilamente. Cerrada la puerta, acabada la cena, alta la noche, en silencio el barrio, estaba preparado el escenario del crimen. Concertáronse los asesinos con una seña decisiva, y aprovechando un momento en que la tendera, de espaldas, fregaba la loza, se arrojaron sobre ella: uno le tapó la boca, otro le pasó al cuello un cordel, y con auxilio de una trébede, que hizo oficio de torniquete, le dieron garrote rápidamente, limpiamente, sin que pudiese exhalar un grito, ni siquiera patear, meter bulla, despertar á su marido, que roncaba el primer sueño.

En él le sorprendieron, con una puñalada tan atroz y certera, que le partió el pulmón, del cual salían por la herida pedazos. Como la muerte, en esas heridas, no es instantánea, le apretaron la nuez hasta asfixiarle. Tampoco pudo exhalar un ay. Después, no se sabe qué hicieron. ¿Registraron despacio la casa, y se llevaron importantes sumas? Las que dejaron, ¿las dejaron por astucia, por disimulo, ó sencillamente por no encontrarlas, en la precipitación de un registro en que las manos tiemblan y el miedo agiganta los rumores de fuera ó los que vienen de los pisos altos? ¿Se creyeron sorprendidos y optaron por huir, con las manos ensangrentadas y vacías? Aquí empiezan las hipótesis, las conjeturas, las opiniones, y por ahora, ninguna hay que explique satisfactoriamente lo ocurrido.

El crimen debió de cometerse de doce y media á una y media. A las once y media hubo quien vio gente, dos hombres, sentados en la trastienda, ante una mesa, en actitud de cenar. A las dos, el sereno, observando que estaba abierta la puerta, la empujó, sorprendido, penetró en la tienda llamando, y encontró parte del cuadro del crimen, el viejo apuñalado en su cama, y más adelante la mujer, ahorcada al pie del fregadero.

Los cuerpos conservaban calor. Son, pues, exactas y precisas las horas, y acaso no habían traspuesto los asesinos la esquina de la callejuela inmediata, cuando el crimen se descubría.

Y sin embargo, nada concreto, nada positivo se ha logrado averiguar. Hay pistas, hay presos; pero no es fácil, por los datos hasta hoy obtenidos, decir de cierto que tiene la justicia en su poder al culpable. Tinieblas entre las cuales asoma á veces una ráfaga de claridad, velada por sombras y dudas. No se ha encontrado un arma, ni una prenda de ropa, ni ningún objeto de esos que suele olvidar el criminal y que le delatan. No hay una prueba contra nadie. No se puede afirmar que el delincuente sea el que está en la cárcel, y á quien el instinto popular acusa. Y desde luego, si es él, ¿dónde anda su cómplice ó cómplices? ¿Intervino, en efecto, una mujer en la terrible escena? Otros tantos enigmas. Este crimen, cometido en un pueblo de provincia, no tiene eco; pero es de los más oscuros y misteriosos que he visto.

Y el preso por sospechas de que sea uno de los autores, es un sujeto, en opinión general, de pésimos antecedentes, de la peor fama; uno de esos hombres á quienes nadie ve con gusto en su casa, ni siquiera en la vecindad; en pleito antiguo ya con la justicia, y señalado con el dedo por sospechoso y equívoco. ¿Y cuál es, me preguntaréis, la profesión que el tal individuo ejerce? ¿Cuál el oficio que la sociedad le confía? ¡Ah, queréis saberlo! Pues el preso en la cárcel de la Coruña, porque desde el primer momento recayeron en él las sospechas de la policía y de la multitud; el que yo me guardaré de afirmar que sea el asesino y ladrón, pero está conceptuado capaz de serlo..., es, oído bien, un maestro de escuela.

¿No os decía que estos crímenes se prestan á estudios sociales? Y adviértase que, por respetos á la vida privada de familias humildes, pero á quienes no debo tratar con menos consideración que si fuesen ricos y poderosas, no hablo de otras llagas, no entro en otros análisis, no saco consecuencias de otros hechos y situaciones que con motivo de este proceso se han patentizado, descubriendo la extensión de nuestros males nacionales... Pero os aseguro que, así como se ve el mundo de los infusorios en una gota de agua, en este crimen se ven estados colectivos que dan lugar á meditaciones muy serias.

EMILIA PARDO BAZÁN.